

LA EDUCACION EN LAS REVISTAS

CUESTIONES GENERALES DE EDUCACION

José Luis Rodríguez Diéguez, en *Escuela Española*, aborda en un artículo la contestación a esta pregunta: ¿Preparar para o dotar con? Los elementos educativos del ambiente pasan a formar un todo unívoco en el hombre, merced a una labor de integración y sistematización. Integración y sistematización son términos que pueden hacerse similares. Pero el uno hace mención a las raíces más profundas del hombre, mientras el otro se queda en lo puramente formal y arquitectónico. La pregunta que se debe hacer un educador es ésta: ¿Tanto la integración como la sistematización son productos del hombre o bien algo que se le puede dar desde el exterior? Dicho de otra manera: ¿Es el individuo, merced a un trabajo personal, el que llega a la integración, o se le integra desde fuera?

En los presupuestos educativos actuales se intenta dar digeridos casi, o al menos seleccionados, los elementos necesarios para que la estructura interna del individuo que se ha de formar posea una sólida razón. Es concebir la educación básica como un *dotar con*.

«Con un sentido muy distinto al que intentamos darle aquí—dice el autor—, ya hubo una teoría de la educación que la interpretó como una *preparación para la vida*... No un preparar para la vida a secas, pero sí un preparar para la vida espiritual, rasgo distintivo del hombre y el animal. Y no sólo la vida espiritual en sentido trascendente, esencial y primordial, sino también para la vida espiritual intelectual en este mundo. Si esta estructura integrada ha de ser fruto de un trabajo personal, demos al individuo unos cimientos elementales y unos instrumentos de trabajo, unos medios que sean filtros selectivos del ambiente, que seleccionen lo positivo y rechacen lo negativo. Así él irá elevando su estructura y construyendo su criterio, pero ateniéndose siempre a lo que los cimientos de una forma flexible y amoldable le dicten» (1).

En el semanario *Triunfo*, Enrique Miret hace unos comentarios sobre la situación de la enseñanza en el mundo cristiano, y ofrece unas orientaciones que deben gobernar la reforma de la enseñanza católica allí donde se manifiesten algunos de los defectos o peligros que ya señaló Pío XII.

Considera el autor que es nuestro deber cristiano de seglares o de religiosos reconocer aquella verdad proclamada por Pío XII, cuando en un discurso público del año 1951, dirigiéndose a las religiosas educadoras, les dijo: «No pocas de vuestras escuelas se nos han mencionado y alabado como bastante buenas; pero no todas.» A nadie debe ofender ese examen imparcial que cada cual debe hacer de la enseñanza católica actual, y que el autor apoya en textos de las más altas jerarquías eclesíásticas.

Así, por ejemplo, comentando el consejo de Pío XII a las religiosas maestras, en el que las pedía que estuvieran al día en sus conocimientos profesionales, Enrique Miret se pregunta: «¿No es hora también de forzar esta línea en nuestro propio país, que ha vivido

demasiado tranquilo explotando su caudal de tradiciones religiosas, sin ponerse suficientemente al día?... ¿Qué es más importante: educar bien y al día, o transmitir ineficazmente las enseñanzas religiosas y profanas de modo que sólo se tienda a aprobar en los exámenes? No hay, además, que repeler *toda novedad o apariencia de novedad*, ni tampoco hay que criticar a la juventud, afirmando que se rebela excesivamente contra las antiguas costumbres: tienen todo el derecho los jóvenes de exigir al educador que siga *con atención las vicisitudes y circunstancias de la época actual*, adaptándose a ellas en lo que tienen de aceptables, y que puede ser mucho.»

Hace hincapié el autor en el consejo que Pío XII dió a las religiosas educadoras, hace trece años, exhortándolas a que hicieran un examen de conciencia para no ser infieles a su misión educativa, analizando las siguientes tentaciones:

- 1.º Las ventajas materiales.
- 2.º La autoridad de las personas.
- 3.º La riqueza.
- 4.º El poder político,

que, según Enrique Miret, son los cuatro peligros más graves que puede tener una institución católica ante las presiones sociales que siempre la rodean. Sobre todo, respecto de la pobreza, el Papa ha pedido en reiteradas ocasiones que no sea sólo personal e interior, sino también de las comunidades de aquellos que quieren vivir a fondo el Evangelio, y que ésta sea visible y efectiva (2).

En la revista *Educadores* hay un comentario editorial sobre educación y desarrollo económico. Estamos ante una coyuntura claramente económica, y la educación no puede desprenderse de ese carácter. La vida económica española debe obtener un significativo crecimiento en los próximos años, y el nuevo equilibrio a que se habrá de llegar exige una reestructuración de los sectores que intervienen en su consolidación; uno de ellos, la educación. En esta coyuntura hay que llevar al conocimiento de todos los sectores docentes—se dice en *Educadores*—una idea tan conocida como poco tenida en cuenta: «la relación de la educación con el nivel de vida». La educación tiene una estrecha relación con la economía por dos motivos fundamentales: porque guarda con ella una relación de *causalidad* y porque supone la *realización de unas inversiones*.

En dos sucesivos capítulos analiza el comentarista las relaciones de causalidad entre educación y desarrollo económico y la educación como inversión.

Para terminar, expone las tres tareas inmediatas que se ofrecen a la educación española en los próximos años para hacer frente a las exigencias en materia de enseñanza del Plan de Desarrollo Económico:

- 1.º Elevar del 70 al 100 por 100 la tasa de escolarización en la enseñanza primaria.
- 2.º Conseguir que aumenten las enseñanzas medias del 27 al 50 por 100 como mínimo.

(1) JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DIÉGUEZ: *¿Prepara para o dotar con?*, en «Escuela Española», Madrid, 27-II-1964.

(2) ENRIQUE MIRET MAGDALENO: *La enseñanza*, en «Triunfo», Madrid, 21-III-1964.

3.º Decidido impulso a la enseñanza superior para superar la tasa del 3 por 100 y llegar hasta el 5 por 100, escolarización normal del Mercado Común en este nivel de instrucción (3).

ENSEÑANZA PRIMARIA

Agustín Serrano de Haro, en *Escuela Española*, comenta la segunda pregunta de una encuesta sobre la actitud religiosa de los estudiantes universitarios, que el señor Benzo Mestre ha publicado en la revista *Eclesía*. Considera el autor que lo que se deduce de esta encuesta tiene mucho que ver también con los educadores primarios.

A la pregunta *La formación religiosa recibida en el Bachillerato, ¿te parece buena, mediana o mala?*, los universitarios han contestado así: «El 20,8 por 100 de varones y el 41,9 por 100 de mujeres la consideran buena; para el 44,1 por 100 de hombres y para el 34,5 por 100 de muchachas fué mediana, y para el 33,4 por 100 de los primeros y 21,9 por 100 de las segundas fué mala.»

«No estará de más que todos los que enseñamos religión—dice el autor—, desde la escuela de párvulos hasta la Universidad, hagamos examen de conciencia.» Y cree que el más ligero estudio de planes y horarios acusarían inmediatamente que donde más enseñanza religiosa se da es en la escuela primaria. Eso en cuanto a la cantidad; en cuanto a la calidad, ni se puede ni se debe comparar; pero, no obstante: «¿Enseñamos bien la religión?»

Serrano de Haro piensa que si el mundo cristiano conociera mejor y amara más a Jesucristo, y, como consecuencia, lo imitara con más fidelidad, quizá ni leyéramos estadísticas tan inquietantes como la que comentamos ni tuviéramos fallos tan escandalosos como los que con verdad pueden imputarnos los adversarios de nuestra fe. «Conocer y amar e imitar a Jesucristo: ¿Cómo lo desarrollamos cada uno de los que voluntariamente hemos aceptado el compromiso tremendo de enseñar religión? Es necesario coger el Evangelio entero e ir amasando con su espíritu y con su ambiente y con su texto el pensamiento y los sentimientos, y los criterios y los hábitos, de estos cristianos en formación que son nuestros niños.»

Recomienda también el autor la enseñanza práctica y vivida de la caridad. La caridad es lo *único necesario*, es la esencia misma inmutable de la educación cristiana, en la que se resumen todos los mandamientos (4).

En la revista *Escuela Española*, Rodríguez Diéguez aborda el problema de la planificación de la enseñanza. Considera que la primera medida a tomar para hacer un plan educativo será determinar la finalidad que se intenta conseguir; más concretamente, saber qué es lo que se quiere lograr de ese alumno que se entrega a la tutela de la escuela.

«De hecho—dice el autor—, este hacer de la escuela se encuentra un tanto escondido entre la enorme complicación de programas y cuestionarios, y viene dado por una serie de hábitos eminentemente operativos y que deben revestir un carácter marcadamente práctico. Para evitar que se produzca esa escisión que se da entre lo aprendido en la escuela y lo que se aprende

por obra del ambiente es totalmente necesario conseguir la determinación de unos programas mínimos que cubran este campo de los objetivos de la enseñanza primaria. Habrían de tener, ante todo, un carácter marcadamente funcional, un sentido de aplicación inmediata a la realidad.» Hay que conseguir que escuela y vida sigan un ritmo paralelo, y esto se logrará tan pronto como se dé un valor realista a las situaciones que se plantean en la escuela.

Pero, naturalmente, sobre este proyecto habrá que planear también los medios de acción con que se cuenta. Una vez delimitados los objetivos a conseguir—habilidad en el cálculo, lectura interpretativa, escritura totalmente automatizada, etc.—, los medios hay que distribuirlos estratégicamente. Hay que desmenuzar estos objetivos de la enseñanza primaria en objetivos del curso, y éste, en trimestres. Y continuar la distribución por semanas y por días. Hay, en definitiva, que aplicar la racionalización del trabajo, que es ley de la industria actual, a la educación, teniendo en cuenta el valor económico que el Plan de Desarrollo le concede (5).

Antonio Estéfani Zabala publica en *Escuela Española* un artículo sobre el valor de la clase de lectura.

Aunque durante los primeros grados la clase de lectura debe limitarse a sencillos ejercicios con el fin de que los niños realicen ciertas prácticas de elocución, enriquezcan su vocabulario y faciliten su comunicabilidad, a medida que estas dificultades van siendo superadas, a los ejercicios puramente mecánicos o fonéticos pueden añadirse otros de gramática, especialmente de análisis, con vistas a favorecer el desarrollo del juicio en el niño.

La clase de lectura tiene enormes posibilidades pedagógicas y ha de ser llevada con arreglo a un plan de trabajo, por parte del maestro, preparado con toda minuciosidad. Recomienda el autor que al principio haya un solo tipo de lectura: la lectura-estudio. Cualquier lección de texto servirá para explicar la utilidad de determinados recursos de lectura que facilitan el estudio, como el subrayado, los títulos marginales, el manejo del diccionario, las notas sobre fichas-resumen, etcétera.

Pero no hay que limitarse a este tipo de lectura-estudio, sino que hay que llegar también a las lecturas de carácter formativo, con ayuda de libros que ofrecen algunas editoriales y que servirán para descubrir ante los muchachos nociones relativas a su comportamiento futuro.

Queda, finalmente, otro aspecto de la clase de lectura: la orientación del buen gusto, que se conseguirá haciendo que el niño se familiarice desde muy pronto con una literatura bella (6).

En la revista *Garbi*, de la Antigua Escuela del Mar, se publica un breve comentario sobre la música y el teatro en la escuela, atendiendo principalmente al aspecto de la interpretación. De él entresacamos esta opinión: «Sabemos que la escuela primaria, nuestra escuela, no ha de engendrar artistas—liederistas ni rapsodas—; no decimos que cuando los niños cantan o recitan efectúan una obra de arte; reconocemos que, a veces, sobre todo en los muchachos de las clases superiores, el timbre de su voz, inestable aún, es incluso

(3) *Educación y desarrollo económico*, en «Educadores», Madrid, febrero de 1964.

(4) AGUSTÍN SERRANO DE HARO: *También nosotros*, en «Escuela Española», Madrid, 5-III-1964.

(5) JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DIÉGUEZ: *Planificación y programas mínimos*, en «Escuela Española», Madrid, 4-III-1964.

(6) ANTONIO ESTÉFANI ZABALA: *Para una interpretación de la clase de lectura*, en «Escuela Española», Madrid, 26-III-1964.

ingrato, pero procuramos en todo momento que vean siempre en toda obra, y, por ello, en el poema o la canción, este sentido recóndito que el intérprete ha de saber descubrir, que sepan respetar una canción, porque es la obra de un hombre que quiso plasmar en ella algo de su propio ser—quizá lo más valioso de él mismo—. Y si la respetan, esto es, si la llenan de esta conciencia, aunque técnicamente no la dominen, nosotros nos damos por satisfechos. Si han vibrado frente a lo que aquel texto o melodía les decía, también vibrarán frente a las otras cosas de la vida que la sociedad, el trabajo y la convivencia han de plantearles. Cuando estudiamos una canción, pues, no nos limitamos a aprender su melodía o a recordar su texto, sino que procuramos estudiar, a la vez, todo aquello que la canción lleva consigo, porque la canción, como toda obra artística, contiene, con más o menos genialidad, con más o menos perfección, el sello de un carácter, de una época, de un estilo o de una raza...» (7).

ENSEÑANZA MEDIA

En el diario *ABC*, Mercedes Ballesteros aborda con su habitual sentido del humor el problema de los planes de enseñanza en el Bachillerato. Transcribimos íntegro su artículo, por considerar que dentro de su brevedad es una visión completa de las dificultades que a nuestros estudiantes de enseñanza media les plantean las recargadas enseñanzas actuales:

TRABAJOS FORZADOS

Da risa imaginar que los siete sabios de Grecia, para ser tenidos como tales, no necesitaron abarcar tantos conocimientos como un estudiante de reválida de cuarto. A la asignatura Historia le faltaban veinticinco siglos; a la Geografía, un continente entero (en realidad, con un poco de Peloponeso se las arreglaban); no tenían que aprender francés, ni inglés, ¡ni siquiera griego!, y, en cuanto a la Filosofía, se la hacían ellos mismos a su aire.

Pero la mayor ventaja a favor de los siete sabios de marras y en disfavor del pobre aspirante a bachiller es que aquellos podían profundizar en sus conocimientos, meditar y solazarse en ellos, y, en cambio, el chico de hoy tiene que ir echándose la sabiduría en la cabeza como en un saco, y todo se le revuelve y amontona. A fuerza de instruirse, de atiborrarse de ciencia, se encuentra con que unas materias van desplazando a otras, y allí donde quiere meter gramática latina ha de sacar previamente un poco de Historia para hacerle sitio, o apretar tanto la Física que ande dándose codazos con la Filosofía.

No le queda la menor rendija de respiro para comprender lo que aprende, ni para paladear o saborear unos conocimientos adquiridos tan a la brava. En resumen: que en lugar de proporcionársele alimento espiritual que le vivifique, se le empacha hasta la náusea. Algo así se hace en el Perigord con las ocas para enfermarlas del hígado. Se les da de comer con un embudo y el resultado de su dolencia hepática es el sabroso foie-gras. Pero el foie-gras resultante de una

cultura hasta el hartazgo, de sabroso no tiene nada. El joven-oca sometido a ese plan de indigestión forzosa no puede paladear los manjares que se le suministran tan masivamente, sino que los retiene a duras penas para vomitarlos en el examen y quedarse a sus anchas.

Se dice que a los oficiales de pastelería, cuando entran en un establecimiento del ramo, el patrón les autoriza para que coman cuantos pasteles quieran, y con tal astucia se asegura no tener dependientes golosos que anden metiendo el dedo en tartas y merengues. Toma el incauto aprendiz tal aversión a todo lo dulce, que ya no vuelve a probar una rosquilla en su vida. Algo así se consigue con la enseñanza al uso. No es fácil que un chico coja un libro por su cuenta cuando se le ha hecho aborrecer los libros.

En otros tiempos, sin remontarnos a los dichosos sabios de Grecia, sino a una generación más cercana—pongamos al Bachillerato que estudiaron los insignes varones de la generación del 98, que no eran mancebos (a excepción de uno)—, vemos que se les exigía mucho menos estudio, holgura que les permitía, en cambio, recrearse en tal o cual asignatura de su predilección. Los hubo que aguantaron a duras penas las Matemáticas a cambio del solaz que les proporcionaba la Literatura o la Historia; otros que aborrecían el Latín, pero se regodeaban con la Física y la Química. Había un como sitio para aparcar los conocimientos que permitía la «escogenda». La frase decimonónica, tan benigna y cursilona, de «instruir deleitando» ha sido sustituida por la de «instruir reventando».

Para poderle exigir honestamente a un sujeto—aunque el sujeto tenga diez años—que cumpla con su deber, hay que ordenarle un deber al alcance de sus fuerzas. No esos «deberes» que a veces no abarcan ni las fuerzas unidas de toda una familia. Hogares hemos visto en los que mientras el chico traduce a Horacio, el padre ha de hacer problemas de álgebra, y todavía la madre ha de echar una mano copiando en limpio los apuntes. Y todo para conseguir a duras penas un cinco entre todos.

Se le exige tanto a un chico para ser el día de mañana un hombre de provecho, que a más de uno acaba por importarle un pepino el día de mañana a cambio de un día de hoy tan achuchado, y tiran por la calle de en medio, esa calle por donde transitan los desenfundados, los coléricos, los que no se dejan cazar en el programa de las ocas del Perigord. Abandonan el espinoso camino de los «deberes» y cogen por el atajo de «los derechos». Y ya se sabe que cuando alguien, joven o adulto, habla de su derecho, se refiere a su derecho a hacer el salvaje» (8).

En la revista *Educadores*, Antonio Martínez publica un estudio sobre las Congregaciones Marianas en su significado religioso y escolar. Para el autor constituyen éstas no sólo un valioso instrumento en las obras apostólicas, sino que, además, brotaron en la historia de los colegios de la Compañía como una necesidad pedagógica y como fruto natural del espíritu religioso de sus educadores. Además de las características de esta obra educativa, iniciada por el joven jesuita belga Juan Leunir, el autor relata la rápida difusión que alcanzó y la estrecha relación entre Congregación Mariana y colegio.

Abordando a continuación las nuevas experiencias que en pedagogía colegial ofrecen las Congregaciones

(7) *La música y el teatro en la escuela (de la interpretación)*, en «Garbí», antigua Escuela del Mar, Barcelona, noviembre-diciembre de 1963).

(8) MERCEDES BALLESTEROS: *Trabajos forzados*, en «ABC», Madrid, 10-III-1964.

Marianas a través de estos tres capítulos: Congregación Mariana y grupo psicológico, Congregación Mariana y juego de representación, Congregación Mariana y formación del carácter (9).

ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

En la revista *Educadores* se aborda un tema de gran actualidad: las relaciones entre la Universidad y esa nueva institución de gran eficacia cultural que es la televisión. Analiza el autor el concepto de Universidad y define después los rasgos más característicos del modo televisivo, que son su vivacidad, su intimidad,

su amenidad y la gran extensión numérica y geográfica de los sujetos a los que es susceptible de influir.

Estudia la relación Universidad-televisión bajo el subtítulo de «Los quehaceres universitarios y la cooperación televisiva», dividiendo el tema en tres capítulos: en el primero se afirma que la TV es un instrumento didáctico de primer orden, como tal utilizable en todos los niveles de la educación institucional; en el segundo intenta fijar cómo la TV puede colaborar con las dos tareas universitarias capitales: la enseñanza y la investigación; en el tercero analiza las posibilidades que en el campo de la formación profesional universitaria puede ofrecer la TV (10).

CONSUELO DE LA GÁNDARA

(9) ANTONIO MARTÍNEZ: *Un sistema educativo en los colegios*, en «Educadores», Madrid, enero-febrero de 1964.

(10) AMADO E. FRANCÉS: *Universidad y televisión*, en «Educadores». Madrid, enero-febrero de 1964.